

Jueves
9 de octubre del 2008



Visite FRONTERA.INFO



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

La forma y el fondo

Una crisis se define por la incapacidad de resolver los problemas utilizando las viejas soluciones. Los desequilibrios requieren recetas diferentes a las utilizadas hasta el momento que la enfermedad se agrava. Por eso se dice que toda crisis representa una oportunidad para aplicar nuevas estrategias para afrontar los graves desafíos. Lo primero que se requiere es un buen diagnóstico; sin este es imposible salvar al enfermo. Para ponerlo en otras palabras, lo primero es la definición correcta del problema para no cometer el llamado "error de tercer tipo" en la definición de las políticas públicas: Resolver correctamente un problema mal planteado.

Solucionar el problema correctamente definido es el desafío actual ante la crisis de inseguridad que vivimos y que en Baja California ha alcanzado niveles inusitados. Lo primero que se debe hacer es reconocer la gravedad de la situación, es decir, aceptar que con las actuales políticas de seguridad no se resolverá el problema. Y eso significa que dedicar todos los recursos públicos a la represión de la delincuencia no conducirá a frenar la ola de violencia que azota a nuestra sociedad. En la actualidad, el 90% del presupuesto para seguridad pública se dedica al combate directo a la delincuencia; el resto a la prevención y a la readaptación, justo las aristas más importantes en la definición del problema.

Cuando se recorren los barrios periféricos de nuestras ciudades, es posible ver, palpar las dimensiones de la crisis. Bastaría que nuestros funcionarios fueran sensibles a las condiciones deplorables en las que vive la mayoría de la población. Ante las condiciones de hacinamiento, insalubridad, marginación padecidas, se definen los perfiles del problema. Vivir en esas condiciones tan deplorables significa un campo de cultivo para la proliferación de conductas delincuenciales. La pobreza, más la desesperación por la forma en que crecen los hijos de los marginados urbanos, generan frustración y una profunda sensación de que se están creando las condiciones para un conflicto social de alarmantes proporciones y una de cuyas manifestaciones es la violencia urbana. Pero si a la precarización del empleo le agregamos la recesión económica, los esce-

narios no pueden ser más preocupantes.

El drama social que se incuba en la periferia, y el Este de la ciudad de Tijuana es un clarísimo ejemplo, se manifiesta en algunos indicadores: drogadicción, familias desintegradas, niños abandonados, ausentismo y deserción escolar, enfermedades infecciosas, embarazos tempranos, etcétera. Al respecto, Frontera informaba en su edición del 2 de octubre el aumento de los embarazos en menores de edad en la ciudad de Tijuana: 787 en lo que va del año. ¿A qué conduce una situación como la descrita? En días pasados he podido conversar con diferentes profesores de nivel básico y medio-superior. Las historias relatadas son dramáticas: niños desnutridos que acuden a las aulas y a quienes les resulta imposible aprender; padres ausentes por trabajo o abandono, cuyas hijas se prostituyen a edades tempranas; jóvenes sin ningún respeto hacia sus maestros pues sobreviven en condiciones degradantes; resentimiento social por la percepción de una profunda injusticia y desigualdad social; masificación de las aulas; condiciones paupérrimas de las escuelas, falta de equipamiento escolar; corrupción gubernamental, etc. ¿Falta algún ingrediente para poder explicar el aumento de la delincuencia común y para reconocer las condiciones propicias para el aumento de los delitos de "alto impacto"?

La explicación a la crisis de inseguridad no puede ser que los padres son los culpables, o achacarle todo a la pérdida de valores. Tendríamos que empezar por reconocer las causas y responsabilidades sociales. Con discursos no se puede resolver la situación actual, ni "echándole ganas" desaparecen los problemas. Tampoco sirve decir que los ciudadanos no hacemos nada. La guerra entre bandas y sus numerosas bajas no debe ser justificación para minimizar la gravedad de la situación. La pobreza, la desigualdad, la precariedad, la corrupción arrojan saldos negativos para muchos y grandes beneficios para algunos pocos; hay de responsabilidades a responsabilidades. Lo dicho, tenemos que empezar por el principio, así suene a lugar común.

El autor es investigador de El Colef, Profesor visitante en el Wwics, Washington, DC.